

Si por una milagrosa casualidad, esta carta, salida de la pluma más perezosa de nuestra época, no hubiese sido conservada, hubiese resultado casi imposible pintar los Aigues. Sin esta descripción, la historia doblemente horrible que allí se ha desarrollado, sería acaso menos interesante.

Muchas gentes esperan, sin duda, ver la coraza del antiguo coronel de la guardia imperial iluminada por algún rayo de luz, ver su cólera encendida, cayendo como una tromba sobre aquella mujercita, de modo que se encuentre al final de esta historia, lo que se encuentra al final de tantos dramas modernos, un drama de dormitorio. ¿Este drama moderno no podría brotar en aquel bonito salón pintado á la aguada, en donde hablaban las amorosas escenas de la mitología, en cuyos techos y contraventanas estaban pintados hermosos pájaros fantásticos, en cuya chimenea relan á carcajadas los monstruos de porcelana china, en donde, en los más ricos jarrones, dragones de azul y oro enroscaban su cola alrededor del borde que la fantasía japonesa había esmaltado con sus encajes de colores, en donde las duquesas, los sillones, los sofás, las consolas y los aparadores inspiraban aquella pereza contemplativa que destruye toda energía? No, el drama aquí no se limita á la vida privada, se desarrolla más arriba ó más abajo. No esperéis apasionamiento alguno, la verdad será demasiado dramática. Por otra parte, el historiador no debe olvidar nunca que su misión es dar á cada uno lo que le corresponde; el desgraciado y el rico son iguales ante su pluma; para él, el aldeano tiene la grandeza de sus miserias, como el rico tiene la pequeñez de sus ridiculeces; en fin, el rico tiene pasiones, el aldeano no tiene más que necesidades; el aldeano es, pues, doblemente pobre; y si, políticamente, sus agresiones deben ser implacablemente reprimidas, humana y religiosamente es sagrado.

CAPÍTULO II

UNA BUCÓLICA OLVIDADA POR VIRGILIO

Cuando un parisiense llega al campo, se encuentra privado de poder entregarse á sus inveterados hábitos, y siente en seguida el peso de las horas á pesar de los ingeniosos cuidados de sus amigos. Así es que, en la imposibilidad de poder perpetuar las conversaciones, tan prontamente agotadas, los castellanos y las castellanas os dicen tranquilamente: «Os aburriréis mucho aquí». En efecto, para disfrutar las delicias del campo, es preciso tener en él intereses, conocer los trabajos y el alternativo concierto de la pena y del placer, símbolo eterno de la vida humana.

Una vez que el sueño ha recobrado su equilibrio, cuando se han reparado las fatigas del viaje y ha llegado uno al unísono con las costumbres campestres, el momento de la vida del castillo más difícil de pasar para un parisiense que no es cazador ni agricultor, y que lleva botas finas, es la primera parte de la mañana. Entre el momento del despertar y el del almuerzo, las mujeres duermen ó hacen su tocado y son inabordable; el dueño de la casa se ha marchado muy temprano á sus asuntos: un parisiense se encuentra, pues, solo de ocho á once de la mañana, hora señalada para el almuerzo en casi todos los castillos. Después de haber buscado distracción en las minuciosidades del tocado, se le acaba bien pronto este recurso si no ha traído algún trabajo imposible de realizar, que vuelve á llevarse virgen y sin conocer de él más que sus dificultades; un escritor se ve entonces obligado á dar vueltas por los paseos del parque, pensando en las musarañas y entreteniéndose en contar los árboles más gruesos. Cuanto más fácil es la vida, más fastidiosas son estas ocupaciones, á no ser que se pertenezca á la secta de los cuákeros, ó al horroroso cuerpo de los carpinteros, ó al de los disecadores de pájaros. Si uno tuviese que permanecer en el campo, como los propietarios, ya procuraría alejar el aburrimiento con alguna pasión geológica, mineralógica, entomológica ó botánica; pero un hombre razonable no se entrega á este

vicio para matar una quincena de días. La tierra más magnífica, los castillos más hermosos, llegan á hacerse pronto insípidos para los que no poseen más que su vista. Las bellezas de la naturaleza llegan á parecer mezquinas comparadas con su representación en el teatro. París centellea entonces por todas sus facetas. Sin el interés particular que nos une, como á Blondet, á los lugares honrados por los pasos y alumbrados con los ojos de una cierta persona, se envidiaría á los pájaros sus alas para volver á los perpetuos, á los conmovedores espectáculos de París y á sus desgarradoras luchas.

La larga carta escrita por el periodista debe hacer suponer á los espíritus penetrantes que estaba atacado moral y físicamente de aquella fase propia de las pasiones satisfechas y de las dichas saciadas, y que todos los volátiles engordados por fuerza representan perfectamente cuando, con la cabeza hundida en su abultado buche, permanecen sobre sus patas, sin poder ni querer mirar la más apetitosa comida. Así es que, cuando acabó su formidable carta, Blondet experimentó la necesidad de salir de los jardines de Armida y de animar la mortal laguna durante las tres primeras horas de la mañana; pues, entre el almuerzo y la comida, el tiempo pertenecía á la castellana, que sabía hacerlo corto. Retener, como lo hizo la señora Montcornet, á un hombre de talento durante un mes en el campo sin haber visto asomar á su cara la falsa risa de la saciedad, sin haber sorprendido el bostezo oculto de un fastidio que se adivina siempre, es uno de los más hermosos triunfos de la mujer. Un afecto que resiste á esta clase de ensayos debe ser eterno. No se comprende cómo las mujeres no se sirven de este medio para juzgar á sus amantes; á un tonto, á un egoísta, á un espíritu mezquino, le es imposible resistir. El mismo Felipe II, el Alejandro del disimulo, hubiese dicho su secreto durante un mes de conferencia en el campo. Por eso los reyes viven en una agitación completa, y no conceden á nadie el derecho de verles durante más de un cuarto de hora.

No obstante las delicadas atenciones de una de las mujeres más encantadoras de París, Emilio Blondet volvió á reanudar los placeres del tiempo en que hacía novillos, tiempo que tenía olvidado hacía ya muchos años; al día siguiente de aquel en que escribió la carta, dió orden de que

le despertase Francisco, el primer ayuda de cámara, dedicado especialmente al servicio de su persona, con intención de explorar el valle del Avonne.

El Avonne es el riachuelo que, aumentado por numerosos arroyos más arriba de Conches, algunos de los cuales brotan en los Aigues, va á parar á la Ville-aux-Fayes y desemboca en uno de los afluentes más considerables del Sena. La disposición geográfica del Avonne, flutable en una extensión de cuatro leguas, después de la invención de Juan Rouvet, había dado todo su valor á los bosques de los Aigues, de Soulanges y de Ronquerolles, situados en la cresta de las colinas, en cuya falda corre este río encantador. El parque de los Aigues ocupaba la parte más ancha del valle, entre el río que corre por el bosque llamado de los Aigues, y la carretera real que multitud de viejos olmos indican en el horizonte, en una costa paralela á la de los montes llamados del Avonne, ese primer peldaño del magnífico anfiteatro llamado el Morvan.

Por muy vulgar que sea esta comparación, el parque, colocado en el fondo del valle, semejava á un inmenso pez cuya cabeza tocaba en la aldea de Conches y la cola en la de Blangy; pues, más largo que ancho, tenía en el centro una anchura de unas doscientas fanegas, mientras que contaba apenas treinta hacia Conches y cuarenta hacia Blangy. La situación de esta tierra, entre tres aldeas, á una legua del pueblecito de Soulanges, ha fomentado sin duda la guerra y ha sido causa de los excesos que forman el principal interés de esta escena. Si, visto de la carretera, visto desde la parte alta de la Ville-aux-Fayes, el paraíso de los Aigues hace incurrir en el pecado de la envidia á los viajeros, ¿cómo los ricos habitantes de Soulanges y de la Ville-aux-Fayes habían de ser más prudentes, ellos que lo admiraban á todas horas?

Este último detalle topográfico era necesario para hacer comprender la situación y la utilidad de las cuatro puertas que daban entrada al parque de los Aigues, completamente cercado de muros, excepto en los lugares en que la naturaleza había colocado cercas y en donde se habían excavado saltos de lobo. Estas cuatro puertas, llamadas la puerta de Conches, la puerta del Avonne, la puerta de Blangy y la puerta de la Avenida, revelaban también el genio de las diversas épocas en que fueron construidas, que, en interés de

los arqueólogos, van á ser descritas, pero tan sucintamente como Blondet ha descrito ya la de la Avenida.

Después de ocho días de paseos con la condesa, el ilustre redactor de los *Debates* conoció á fondo el pabellón chino, los puentes, las islas, la cartuja, la casita de campo, las ruinas del templo, la nevera babilónica, los kioscos, en fin, todos los adornos inventados por los arquitectos de jardines y á que pueden prestarse nueve-cientas fanegas de tierra; quería, pues, recrearse con los manantiales del Avonne, que el general y la condesa le alababan todos los días, formando todas las tardes el proyecto, olvidado todas las mañanas, de ir á visitarlos. En efecto, por encima del parque de los Aigues, el Avonne tiene la apariencia de un torrente de los Alpes. Tan pronto se forma un lecho entre las rocas, como se entierra en profundo subterráneo; aquí multitud de arroyos caen en forma de cascada; allí se presenta como el Leira, amontonando arena y haciendo la flotación impracticable. Blondet tomó el camino más corto, á través de los laberintos del parque para llegar á la puerta de Conches. Esta puerta exige algunas palabras, llenas, por otra parte, de detalles históricos sobre la propiedad.

El fundador de los Aigues fué un menor de la casa de Soulanges, enriquecido gracias á un buen casamiento, menor que quiso burlarse de su hermano el mayor. Este sentimiento ha dado origen á las hechicerías de Isola-Bella en el lago Mayor. En la Edad Media, el castillo de los Aigues estaba situado donde está hoy el Avonne. De este castillo sólo subsistía la puerta, compuesta de un soportal semejante al de las ciudades fortificadas, flanqueado por dos torrecillas. Por encima de la bóveda del soportal, se elevaban resistentes muros adornados de vegetaciones y provistos de tres ventanas. Una escalera de caracol, internada en una de las torrecillas, conducía á dos habitaciones, y la cocina ocupaba la segunda torrecilla. El tejado del soportal, de forma aguda, como todas las antiguas construcciones, se distinguía por dos veletas clavadas en los dos extremos de una cima adornada de extrañas obras de cerrajería. Muchas localidades no tienen un ayuntamiento tan magnífico. En la parte de afuera, el arco de la bóveda ostentaba aún el escudo de los Soulanges, conservado gracias á la dureza de la piedra en donde el cincel del artista lo había grabado: *de azul con tres bordones de bastón de plata, con listas soldantes de co-*

lor rojo, cargado de cinco cruce-citas de oro de pie punti-agudo, y llevaba el corte heráldico impuesto á los menores. Blondet descifró la divisa que era uno de esos *calembours* que los cruzados acostumbraban á hacer con sus nombres, y que recuerda una máxima de política, desgraciadamente olvidada por Montcornet, como se verá. La puerta, que fué abierta á Blondet por una hermosa joven, era de madera vieja plagada de quincunces de hierro viejo. El guarda, habiéndose despertado al ruido de los goznes, asomó las narices por la ventana y se dejó ver en camisa.

—¡Cómo! ¿aun duermen los guardas á esta hora? se dijo Blondet creyéndose muy conocedor de las costumbres de los bosques.

Después de un cuarto de hora de marcha, llegó al nacimiento del río, á la altura de Conches, y sus ojos quedaron entonces encantados con uno de esos paisajes cuya descripción debiera hacerse como la historia de Francia, en mil volúmenes ó en uno solo. Contentémonos con dos frases.

Una roca barriguda y cubierta por árboles enanos, cuyo pie lame el Avonne, disposición que la hace semejar á una enorme tortuga colocada en medio del agua, forma un arco, por el cual la mirada abraza una pequeña sábana, clara como un espejo, en donde el Avonne parece adormecido, todo lo cual termina á lo lejos en cascadas formadas por gruesas rocas, sobre las cuales se precipita constantemente el agua.

Al otro lado de estas cascadas, los flancos de la colina, cortados como una roca del Rhin, vestida de musgos y de brezos, pero hendidos como ella por aristas esquisitas, vertiendo aquí y allá blancos y bulliciosos arroyos á los que una praderita, siempre regada y siempre verde, sirve de división; después, contrastando con esta naturaleza salvaje y solitaria, los últimos jardines de Conches se ven al otro lado de este caos pintoresco, al extremo de las praderas, formando un todo con la aldea y su campanario.

Estas son las dos frases, ¡pero el sol naciente, la pureza del aire, el acre rocío, el concierto de las aguas y de los bosques!... ¡adivínadlas!

—¡A fe que es casi tan hermoso como la Opera! se dijo Blondet remontando el Avonne innavegable, cuyos caprichos hacían resaltar el canal recto, profundo y silencioso del

bajo Avonne, encajado por los grandes árboles del bosque de los Aigues.

Blondet no llevó muy lejos su paseo marítimo, pues se vió bien pronto detenido por uno de esos aldeanos que son en este drama comparsas tan necesarios para la acción, que llegará á titubearse entre ellos y los protagonistas. Al llegar á un grupo de rocas en que el arroyo principal parece cogido entre dos puertas, el inteligente escritor vió á un hombre que se mantenía en una inmovilidad capaz de picar la curiosidad de un periodista, si el talante y el vestido de aquella estatua animada no hubiese llamado ya profundamente su atención.

Reconoció en aquel humilde personaje á uno de esos ancianos de que tanto gustaba el lapiz de Charlet y que se parecía á los veteranos de aquel Homero de los soldados por la solidez de una osamenta propia para soportar la desgracia, y á sus inmortales gastadores por su rostro rojo, violáceo, arrugado é inhábil para la resignación. Un sombrero de tosco fieltro, cuyas alas habían desaparecido casi por completo, garantizaba de la intemperie á aquella cabeza casi calva, de la cual brotaban dos copos de cabellos tan blancos, que un pintor hubiese pagado á cuatro francos la hora por poder copiar aquella deslumbrante nieve, que estaba dispuesta como la de todos los Padres eternos clásicos. Por la manera como se hundían los carrillos formando la continuación de la boca, se adivinaba que el desdentado anciano se dirigía con más frecuencia al tonel que á la artesa. Su barba blanca, poco poblada, daba cierto aspecto amenazador á su perfil á causa de la tiesura de los pelos cortados al rape. Sus ojos, demasiado pequeños para su enorme cara, oblicuos como los del cerdo, expresaban á la vez la astucia y la pereza; pero en este momento, tan fija estaba su mirada en el río, que despedían cierto brillo. Por todo vestido, este pobre hombre llevaba una blusa vieja, que en otro tiempo había sido azul, y un pantalón de esa tela ordinaria que sirve en París para hacer embalajes. Cualquiera ciudadano hubiese temblado al ver sus pies calzados con unos zuecos rotos, sin llevar siquiera dentro un poco de paja para evitar el daño de las grietas. Seguramente que la blusa y el pantalón no tenían valor alguno, é no ser para introducirlo en la caldera de una fábrica de papel.

Examinando aquel Diógenes campestre, Blondet admitió la posibilidad del tipo de aquellos aldeanos que se ven en los tapices, en los cuadros y en las esculturas antiguas, y que le habían parecido hasta entonces fantásticos. Ya no condenó absolutamente la escuela de lo feo, comprendiendo que, en el hombre, lo bello no es más que una halagüeña excepción, una quimera en la que se esfuerza en creer.

—¿Cuáles pueden ser las ideas y costumbres de semejante ser? ¿en qué pensará? se preguntaba Blondet picado de curiosidad. ¿Es uno de mis semejantes? ¡No tenemos de común más que la forma, y aun la forma...!

Estudiaba aquella rigidez del cutis propia de las gentes que viven al aire libre, acostumbradas á la intemperie de la atmósfera, á soportar los excesos del frío y del calor y á sufrirlo todo y que hacen de su piel cuero curtido, y de sus nervios un aparato contra el dolor físico, tan poderoso como el de los árabes ó el de los rusos.

—He aquí los Pielas Rojas de Cooper, se dijo; no hay necesidad de ir á América para ver salvajes.

Aunque el parisiense estaba á dos pasos de distancia, el anciano no volvió la cabeza y siguió mirando á la orilla opuesta con aquella fijeza que los fakires de la India dan á sus ojos vidriosos y á sus miembros anquilosados. Vencido por aquella especie de magnetismo, más comunicativo de lo que se cree, Blondet acabó por mirar al agua.

—Y bien, buen hombre, ¿qué hay ahí? preguntó Blondet después de haber pasado un rato sin lograr percibir nada que motivase aquella profunda atención.

—¡Chit!... hizo muy quedo el anciano, haciendo seña á Blondet de que no agitase el aire con su voz.—Vais á asustarla...

—¿A quién?...

—Una *lutria*, mi querido señor. Si nos oye, es capaz de colarse bajo el agua. Y no hay duda, ha saltado allí, mirad... Mirad como *hirve* el agua... ¡Oh! está acechando á un pez; pero, cuando quiera entrar mi pequeño la *atrapará*. Es que, ya veréis, la *lutria* es la cosa más rara. Es una pieza *científica*, aunque muy delicada; me darían diez francos por ella en los Aigues, porque la señora come de vigilia, y mañana es vigilia. En otros tiempos, la difunta señora me ha llegado á pagar hasta veinte francos, y me devolvía la piel... ¡Mosca! dijo en voz baja, ¡mira bien!...

En la otra orilla de aquel brazo del Avonne, Blondet vió dos ojos que brillaban, como los de un gato, bajo un matorral; después vió la morena frente y los desgreñados cabellos de un niño de doce años, acostado boca abajo, que hizo un signo para indicar el lugar que ocupaba la nutria y advertir al anciano que no la perdía de vista. Blondet, subyugado por la devoradora esperanza del anciano y del niño, se dejó morder por el demonio de la caza.

Este demonio de dos garras, la esperanza y la curiosidad, os lleva adonde quiere.

—La piel se vende á los sombrereros, repuso el anciano. —¡Es tan hermosa y tan suave! Se usa en las gorras.

—¿De veras, anciano? dijo Blondet sonriéndose.

—Ciertamente, señor, vos debéis saberlo mejor que yo, aunque ya tengo setenta años, respondió humilde y respetuosamente el anciano tomando una postura de sacristán, y acaso podríais decirme por qué gustan tanto de esas gorras los arrieros y los taberneros.

Blondet, aquel maestro en ironía, escamado ya con la palabra *científica*, y acordándose del mariscal de Richelieu, sospechó alguna burla en aquel viejo aldeano; pero se tranquilizó con la humildad de sus posturas y la estupidez de su expresión.

—En mi juventud, se veían aquí muchas *lutrias*; ¡les es tan favorable el país! repuso el buen hombre; pero las han cazado tanto, que á lo sumo logramos ver la cola de alguna en siete años... Así es que el *suprefeto* de la Ville-aux-Fayes... ¿Le conoce el señor? Aunque parisiense, es un excelente joven como vos, y muy aficionado á las curiosidades. Por aquella época, conociendo mi talento para coger *lutrias*, pues las conozco, como vos podéis conocer vuestro alfabeto, me dijo lo siguiente: «Padre Fourchon, cuando encontréis una *lutria*, digo dice, traédmela, se la pagaré bien, y si tiene una mancha blanca en el lomo, daré treinta francos por ella». Esto fué lo que me dijo en la puerta de la Ville-aux-Fayes, tan cierto como yo creo en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Todavía hay un sabio en Soulanges, el señor Gourdon, nuestro médico, que hace, como ellos dicen, un gabinete de historia natural como no hay otro igual en Dijon, en fin, el primer sabio de este país, que me la pagaría muy bien... ¡Sabe disecar los hombres y los animales! Mi chico me asegura que esta *lutria* tiene

pelos blancos... Si eso es cierto, le dije yo, el buen Dios nos ha echado la bendición esta mañana. ¿No veis como *hirve* el agua?... ¡Oh! ¡está allí!... Aunque este bicho vive en una especie de madriguera, permanece días enteros bajo el agua... ¡Ah! os ha oído, mi querido señor, y desconfía, porque no hay animal más astuto que éste; es peor que una mujer.

—Es esa acaso la causa de que este animal sea del género femenino? preguntó Blondet.

—¡Diantre! señor, vos, que sois de París, sabréis eso mejor que nosotros; pero mejor hubiera sido para nosotros que os hubieseis quedado á dormir la mañana, porque ¿veis aquella especie de ola? pues se escapa por debajo... ¡Mosca ten cuidado, pues la *lutria* ha oído al señor y es capaz de marearnos hasta las doce de la noche; vámonos de aquí. ¡Allí nadan nuestros treinta francos!

Mosca se levantó, pero con pesar; miraba el lugar en que bullía el agua, mostrándola con el dedo sin haber perdido toda esperanza. Este niño de cabellos crespos, de rostro moreno como el de los ángeles del siglo xv, parecía estar en calzoncillos, pues su pantalón acababa en la rodilla todo desgarrado y adornado de espigas y de hojas secas. Esta parte necesaria de su vestido iba sostenida por dos cuerdas de estopa á guisa de tirantes. Una camisa de tela de la misma calidad que la del pantalón del anciano, pero más doble á causa de sus toscos remiendos, dejaba ver un pecho espacioso. Así es que el traje de Mosca superaba en sencillez al del padre Fourchon.

—Son muy buenos los niños de aquí, se dijo para sí Emilio Blondet; si fuesen los de algún distrito de París se hartarían de insultar al señorito que tuviese la desgracia de espantar su caza.

Y como no había visto nunca una nutria, ni aun en el Museo, quedó encantado de aquel episodio de su paseo.

—Vamos, repuso conmovido al ver que el anciano se marchaba sin pedirle nada, decís que sois un cazador de nutrias consumado... Si estáis seguro de que la nutria está ahí...

Desde el otro lado, Mosca levantó el dedo y le mostró unas burbujas de aire que subían desde el fondo del Avonne y que iban á expirar en forma de globitos al centro del estanque.

—Ha vuelto allí, dijo el padre Fourchon, ha respirado allí la *endina*. ¿Cómo se arreglan para respirar en el fondo del agua? Es tan maligna que se burla de la ciencia.

—Pues bien, repuso Blondet, á quien este dicho le pareció más bien propio del espíritu del aldeano que de el del individuo, esperad y coged la nutria.

—¿Y el jornal de Mosca y el mío?

—¿Qué vale vuestro jornal?

—¿El de mi aprendiz y el mío?... Cinco francos... dijo el anciano mirando á Blondet á los ojos, con una duda que revelaba un enorme embarazo.

El periodista sacó diez francos del bolsillo, diciendo:

—Ahí tenéis diez, y os daré otro tanto por la nutria.

—No os costará cara, si tiene una mancha blanca en el lomo, porque el *suprefecto* me decía que en nuestro Museo no hay más que una de ese género. ¡Pero de todos modos es muy instruido nuestro *suprefeto*! no es tonto. Si yo cazo la *lutria*, el señor de Lupeaulx caza á la hija del señor Gaubertin, que tiene una enorme dote blanca sobre el lomo. Mirad, señor, sin que esto sea mandaros, plantaos en medio del Avonne, sobre aquella piedra de allí... Cuando nosotros hayamos forzado á la *lutria*, descenderá con la corriente, porque, ved cuánta es la astucia de estas bestias, para pescar, suben más arriba de su *bujero*, y, una vez cargadas con el pez, saben que les costaría menos trabajo el ir cuesta abajo. ¡Cuando yo os digo que es muy *viva*!... Si yo hubiese aprendido la viveza en su escuela, á estas horas viviría de mis rentas... He sabido demasiado tarde que era preciso echar corriente arriba muy de mañana para encontrar el botín antes que los otros. En fin, ¿cómo ha de ser! Entre los tres, acaso seamos más vivos que la *lutria*.

—Y ¿cómo nos arreglaremos, mi viejo nigromántico?

—¡Ah! ¡Diantre! somos tan bestias nosotros los aldeanos, que acabamos por entender á las bestias. Ya os diré cómo lo haremos. Cuando la *lutria* quiera volver á su *bujero*, nosotros la asustaremos aquí, y vos la espantaréis allá; asustada por nosotros y por vos, se dirigirá á la orilla, y en cuanto toque tierra ya está perdida. Es un bicho que no puede andar; está hecho para nadar con sus patas de ganso. ¡Oh! esto os divertirá, porque es una verdadera carambola: se pesca y se caza á la vez... El general, en cuya casa os albergáis, lo tomó con tanto afán que vino tres días seguidos.

Blondet, provisto de una rama cortada por el anciano, para golpear en el agua cuando él se lo mandase, fué á apostarse en medio del Avonne, saltando de piedra en piedra.

—Ahí estáis bien, señor.

Blondet permaneció allí sin apercibirse de que el tiempo huía, pues, de vez en cuando, un gesto del anciano le hacía esperar un feliz desenlace; pero nada hace transcurrir con tanta rapidez el tiempo como la espera de la acción viva que va á suceder al profundo silencio del acecho.

—Padre Fourchon, dijo en voz baja el niño viéndose solo con el anciano, de todas maneras hay una *lutria*...

—¿La ves tú?

—¡Allí está!

El anciano quedó estupefacto al ver entre dos aguas el pelaje moreno rojizo de una nutria.

—¡Viene hacia mí! dijo el pequeño.

—Dale un golpe seco en la cabeza y tirate al agua para mantenerla en el fondo sin dejarla.

Mosca se sumergió en el Avonne como una rana espantada.

—¡Hala! ¡hala! mi querido señor, dijo el padre Fourchon á Blondet, metiéndose también en el Avonne y dejando sus zuecos en la orilla, ¡espantadla! ¿La veis?... nada hacíais vos.

El anciano corrió hacia Blondet, hendiendo las aguas y gritándole con la seriedad que la gente del campo acostumbra á usar en estos ejercicios:

—¿La veis ahí, junto á las rocas?

Blondet, colocado por el anciano de manera que recibiese los rayos del sol en los ojos, golpeaba al agua con confianza.

—¡Hala! ¡hala! ¡por la parte de las rocas! gritó el padre Fourchon; el *bujero* está allá abajo, á vuestra izquierda.

Llevado de su despecho estimulado por un largo plantón, Blondet tomó un baño de pies al andar por encima de las piedras.

—¡Aprisa! mi querido señor, ¡aprisa! ya estáis cerca. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡que os pasa por entre las piernas! ¡Ah! ¡que pasa!... ¡que pasa! dijo el anciano con desesperación.

Y, entusiasmado con el ardor de esta caza, el viejo aldeano avanzó por lo más profundo del río hasta llegar junto á Blondet.

—Se ha escapado por causa vuestra,—dijo el padre Four-

chon, á quien Blondet dió la mano y salió del agua como un tritón, pero como un tritón vencido. ¡La maldita está allí, bajo las rocas!... Ha dejado el pez, dijo el buen hombre mirando á lo lejos y señalando algo que flotaba. ¡De todos modos tendremos la tenca, porque es una verdadera tenca!...

En este momento, un criado con librea y á caballo y que llevaba otro de la brida, apareció por el camino de Conches.

—Mirad, ahí viene gente del castillo que parece que os busca, dijo el buen hombre. Si queréis volver á la orilla, voy á daros la mano... Lo mismo me da mojarme, eso me ahorra el lavado de ropa.

—¿Y los constipados? dijo Blondet.

—¡Ah! ¡sí! ¡No veis que el sol nos ha culotado á Mosca y á mí como las pipas del mayor! Apoyaos en mí, mi querido señor... Vos que sois de París y que sabéis tantas cosas, no sabéis sosteneros sobre nuestras rocas... Si os quedáis aquí mucho tiempo, aprenderéis muchas cosas en el libro de la naturaleza, vos que, según dicen, escribís en los papeles.

Blondet había llegado á la otra orilla del Avonne, cuando Carlos, el criado, le vió.

—¡Ah! señor, exclamó, no podéis imaginaros la inquietud en que está la señora desde que le han dicho que habíais salido por la puerta de Conches: cree que os habéis ahogado. Por tres veces se tocó la segunda llamada para el almuerzo, después de haberos llamado por todo el parque, en donde el señor cura os busca aún.

—Pues ¿qué hora es, Carlos?

—Las doce menos cuarto...

—Ayúdame á montar á caballo...

—¿Ha dado acaso el señor con la nutria del padre Fourchon? dijo el criado observando el agua que goteaba de las botas y del pantalón de Blondet.

Esta sola pregunta bastó para que el periodista lo comprendiese todo.

—No digas ni una palabra de esto, Carlos, y ya te recompensaré, exclamó.

—¡Oh! ¡pardiez! el mismo señor conde ha caído con la nutria del padre Fourchon, respondió el criado. Tan pronto como llega un extranjero á los Aigues, el padre Fourchon se pone al acecho, y, si el huésped se va á ver los

manantiales del Avonne, le vende su nutria... Representa tan bien su papel, que el señor conde fué tres veces, y le ha pagado seis días de trabajo que se pasaron contemplando la corriente del agua.

—¡Y yo que creía haber visto en Potier, en Bautista el menor, en Michot y en Monrose, los mejores cómicos de este tiempo!... se dijo Blondet; ¿qué son ellos al lado de este mendigo?

—¡Oh! el padre Fourchon conoce muy bien ese ejercicio, dijo Carlos. Además, tiene otra cuerda en su arco, pues se dice cordelero de oficio. Tiene su fábrica á lo largo del muro de la puerta de Blangy. Si llegáis á tocar en su cuerda, os enreda tan bien, que os dan ganas de dar vueltas á la rueda y de hacer un poco de cuerda, y entonces os pide la gratificación debida al maestro por el aprendiz. La señora cayó en el lazo, y le dió veinte francos. Es el rey de los truhanes, dijo Carlos sirviéndose de esta decente palabra.

Esta charla del lacayo permitió á Blondet entregarse á algunas reflexiones sobre la profunda astucia de los aldeanos, recordando todo lo que sobre ellos había oído decir á su padre, el juez de Alençon. Después, recordando todas las burlas ocultas bajo la maliciosa franqueza del padre Fourchon, é iluminado por las confidencias de Carlos, se confesó chasqueado por el viejo mendigo borgoñés.

—No podéis comprender, señor, decía Carlos cuando llegaban á la escalinata exterior de los Aigues, lo mucho que hay que desconfiar de estas gentes del campo, y sobre todo, de las de aquí, que no quieren mucho al general.

—Y ¿por qué?

—¡Ah! ¡diantre! no lo sé, respondió Carlos tomando aquel aire de ignorancia con que los criados acostumbran á apoyar las negativas que hacen á sus superiores, y que dió mucho que pensar á Blondet.

—¿Ya estáis aquí, correntón? dijo el general, á quien los pasos de los caballos habían atraído á la escalinata exterior. ¡Aquí está ya! ¡Tranquilizaos! gritó á su mujer, cuyos pequeños pasos se sentían; ya no falta nadie más que el abate Brossette. ¡Vete á buscarle, Carlos!—dijo al criado.